

RESSENYES

AUGUSTO, Roberto (2012)
En defensa del ateísmo
 Pamplona: Laetoli, 144 p.
 ISBN: 9-788492-422500

¿Es necesario salir en defensa del ateísmo como verdad última y definitiva en contra de cualquier creencia religiosa? ¿Es deseable reducir la religiosidad en sus diversas formas de expresión a mera irracionalidad *injustificada e indemostrable*? Roberto Augusto (Gastrar, La Coruña, 1978), licenciado y doctor en Filosofía por la Universidad de Barcelona, sostiene que sí en este reciente libro. Tal y como se verá, todas y cada una de las páginas de la obra están encaminadas a demostrar la verdad del ateísmo —postura que relaciona con la supuesta certeza inamovible de la ciencia contemporánea— y la falsedad de la religión, si bien en su texto está identificada con la vertiente teísta del cristianismo católico, dejando de lado cualquier debate con otras religiones monoteístas y con aquéllas que sostienen la existencia de pluralidad de divinidades.

Para poder sostener y justificar su tesis, divide su proyecto en dos bloques: la argumentación de un ateísmo en clave racionalista, amparándose sobre todo en el conocimiento científico actual para refutar la religión y, a la vez, dar razones

de peso en pos del ateísmo, y la refutación de los argumentos empleados por teístas para dar cuenta de la existencia de Dios. De entrada, el principal problema que aflora en este ensayo se debe al hecho de reducir toda creencia religiosa al teísmo y presentarlo como la visión connatural del cristianismo. El teísmo como doctrina en defensa de una divinidad suprema no surgió en Europa hasta los siglos xvii y xviii, tuvo especial calado en autores ilustrados y se basaba fundamentalmente en compatibilizar las leyes de la naturaleza con Dios, arguyendo que el segundo creó el mundo, aunque su intervención se reducía al acto creador, y que luego toda la importancia era de las leyes físicas, cuestión que en momento alguno cita el autor. El segundo problema que cabe destacar es que todas las refutaciones que realiza de argumentos a favor de la existencia de Dios se circunscriben exclusivamente a autores cristianos, en su mayoría católicos, y solamente se ciñe a un aspecto teológico, dejando de lado los motivos por los cuales un creyente abraza una fe concreta, lo cual supone no elaborar un análisis pormenorizado de la pe-

culiaridad de la creencia religiosa como modo de interpretar el mundo.

A pesar de estas dos grandes problemáticas, es importante hacer constar de qué modo Roberto Augusto lleva a cabo su argumentación. En su propuesta por forjar un ateísmo racionalista, pone de relieve que, hasta el día de hoy, no ha habido nada que haya probado la existencia de un ente sobrenatural creador de todo lo existente y origen de la especificidad humana. Todos los supuestos argumentos dados a favor no se sostienen y serían refutados por el progreso de la ciencia, la cual ha podido dar cuenta de todo cuanto existe a través de explicaciones que no precisan de ningún elemento divino, sino solo apelando a elementos empíricos, demostrables y que responderían a una metodología delimitada y precisa. La base de todo este conjunto sería una racionalidad neutra y universalmente válida. En tanto en cuanto cualquier postura religiosa que sostenga que efectivamente hay una divinidad establece la petición de principio de creer en esta verdad, solo puede fundamentarse si se da este acto de fe, con lo cual su poder de convicción no se basa en el poder de la razón, sino en lo indemostrable e irracional, basado en una simple creencia injustificable. Sin embargo, Augusto no reduce los creyentes a meros ineptos incapaces de darse cuenta de que su postura es una estupidez, sino que establece que es ilícito que «[...] debamos achacar la creencia en Dios al infantilismo de la humanidad o a su ignorancia, sino al hecho de que ésta satisfice necesidades profundas inherentes a todos los seres humanos» (p. 38). Aunque sea cierto que satisfaga determinados interrogantes vinculados con el sentido de la vida, la esperanza o la muerte, considera que hay otros medios para dar cuenta de los mismos interrogantes que no apunten a una trascendencia supranatural como la amistad, los vínculos familiares, sociales o..., la ciencia, por supuesto.

Lo objetable a su planteamiento en defensa de un ateísmo racionalista —proyecto que, sin lugar a dudas, es absolutamente legítimo— se debe a que, si bien en la refutación de los argumentos teístas a favor de la existencia de dios critica la supeditación que establecen muchos de estos de la razón a la fe, en este caso pretende invertir la situación, es decir, elimina la segunda en su proyecto por el hecho de que no responde ni a la científicidad ni a la idea de una razón neutra, objetiva y universal. La cuestión a plantear es por qué motivo hay que establecer algún tipo de jerarquía entre la «razón» y la fe y si no es concebible el hecho de que las explicaciones científicas y religiosas no pretenden dar respuestas de lo mismo, sino que sus registros son inconmensurables y radicalmente diferentes, puesto que dan cuenta de fenómenos que no son equivalentes y que, en el caso de la religión, no necesariamente deben ser considerados explicaciones con una pretensión de universalidad indefectible. En un marco laico —expresión que *jamás* usa—, la convivencia de diversas formas de religiosidad con la ciencia es perfectamente posible, junto con el hecho de que *cualquier* forma de conocimiento requiere un componente de *creencia*, sin imponerse por sí mismo independientemente del individuo. Propuestas como la de Augusto dinamitan la subjetividad en cualquier faceta, puesto que defienden la perversa idea de una objetividad que se impone por sí misma, y la verdad es, finalmente, un mandamiento divino inapelable.

Por lo que respecta a la segunda parte para defender el ateísmo de cualquier ataque religioso —tarea que elabora prohibiendo cualquier forma de diálogo entre los creyentes y los ateos, en tanto que atribuye a los segundos la verdad y a los primeros el error, hecho que, obviamente, imposibilita un intercambio de posturas—, pretende desmentir las críticas de Albert Hillaire, Xavier Zubiri, Jacques Maritain, Anton Hilckman, William Lane

Craig y Richard Swinburne. A partir de las citas de sus obras y las líneas que exponen del pensamiento de todos y cada uno de estos autores que se posicionan a favor de la existencia de Dios —todos ellos son cristianos—, la tesis que los engloba en conjunto es que la divinidad es imprescindible para asegurar la vigencia de la moral y la diferencia entre el bien y el mal, así como el hecho de que la explicación en torno al origen del universo precisa de una inteligencia última que opere como causa de todo ente, por el hecho de que la materia por sí misma es incapaz de crear nada sin un ser consciente que la empuje a ello. Puesto que éstas son sus líneas principales, el ateísmo es presentado como atentado contra cualquier forma de vida ética, como forma de soberbia de la razón y como absurdo explicativo.

Para combatir todas estas críticas, una de las principales fuentes, sin lugar a dudas, es la ciencia, esgrimida en calidad de verdad última contra la cual el cristianismo no tiene nada que argumentar, por el hecho de que se basa en una objetividad contrastable, empíricamente demostrable y que cualquiera puede entender sin necesidad de abrazar creencia religiosa alguna. Es más, para argumentar a favor de las virtudes de la ciencia y contrarrestar la impresión de según qué ámbitos cristianos que consideran que, hoy en día, se da una falta de moralidad en los ámbitos científicos, Augusto arguye que «no creo que en la ciencia se haya impuesto una mentalidad positivista en los últimos siglos, sino que la ciencia desde siempre ha estado ligada a esa forma de entender el mundo, es decir: a la creencia de que la experiencia y el método científico son los instrumentos fundamentales para hallar un conocimiento cierto. La ciencia ha actuado casi siempre al margen de la religión, a pesar de que eminentes científicos han tenido y tienen convicciones religiosas» (p. 64).

Si bien esta objeción que presenta Augusto entra en contradicción con gran

parte de la tradición científica occidental, donde la religión era inseparable del espíritu científico —hecho que muestra el anhelo científicista que ensombrece todo el libro del autor—, uno de los argumentos que presenta para desmentir la falta de moralidad del ateísmo, amparándose en unas supuestas estadísticas cuya interpretación deja a un estupefacto, consiste en sostener que «no solo es posible que exista una sociedad donde el ateísmo sea porcentualmente relevante, sino que allí donde hay un importante número de ateos se disfruta de un mejor nivel de vida. En países donde el número de creyentes es muy elevado, como México o Guatemala, hay porcentajes de violencia atroces» (p. 74-75). Establecer un nexo entre la religiosidad y la violencia muestra la cantidad de discursos demagógicos en los que se sustenta, que le llevan a afirmar semejante barbaridad, sin tener en cuenta que la mayoría de formas de violencia se dan en contextos opresores de diversa índole y que la religión no necesariamente está vinculada con el dominio y el yugo (prueba de ello son, entre otros, los teólogos de la liberación, quienes elaboran una interpretación en clave marxista de los textos bíblicos, aunque quizá no sabe quién son, al ver tamaños disparates en este supuesto libro de filosofía).

El intento, pues, de este ensayo es el de presentar la incontestabilidad del ateísmo en tanto que responde a un planteamiento amparado en una objetividad como la científica, la cual desmentiría de raíz cualquier forma de fe, reducida a simple consuelo que funcionaría como panacea ante interrogantes para los cuales solo proporcionaría pseudorrespuestas. Esta conclusión es absolutamente falaz, puesto que establece una identidad entre los enunciados científicos y el ateísmo, cuando la mayoría de proposiciones elaboradas por científicos, sean de la rama que sean, no suelen tratar las cuestiones de las que habla la religión. El problema radica en pretender establecer como úni-

camente vàlidu un fundamentu irrebati-
ble, error que, a la vez, cometen los teó-
logos, quienes tampoco se interrogan por
el motivo según el cual una persona se
adhiera a una creencia. Augusto acaba
siendo un apóstol de la religión que ya
empezó Auguste Comte: el positivismo,
que ha desembocado en la actualidad en
un cientificismo enemigo de cualquier
individualidad que pretenda decir «no» a
su discurso, puesto que niega el debate
a todos aquellos que no pensamos como
ellos, lo cual, como todos recordaremos,
es algo presente en las formas totalitarias.

¿Por qué hay creyentes? Probablemen-
te, el autor que sigue siendo el más actual
en este aspecto es Sören Kierkegaard,
quien, con su célebre «Creo, pese a que es
absurdo», supo reflexionar como ningún
otro autor —a excepción de Wittgenstein
y su misticismo— en torno a la inefabi-
lidad de la fe, componente que cientifi-
cistas como Augusto pretenden eliminar
por el hecho de no ser ni cuantificable ni
calculable, es decir, porque no forma
parte de la razón instrumental, sino que
la desborda.

Andrés Armengol

Universitat Autònoma de Barcelona

<http://dx.doi.org/10.5565/rev/enrahonar.23>



BATCHELOR, Stephen (2010)
Confessions of a Buddhist Atheist
Nova York: Spiegel & Grau, 302 p.
ISBN: 978-0385527071

Inspirat formalment en les *Confessions* de
sant Agustí, les *Confessions d'un budista*
ateu són la biografia intel·lectual de
Stephen Batchelor, on s'explica el seu
periple de *hippy* fidel seguidor literal del
budisme tibetà, a campió del budisme
com a filosofia pràctica secular. És també
un llibre de reflexió, on s'argumenta la
necessitat que la filosofia sigui aplicable
a les nostres vides i no un mer coneixement
teòric. També s'hi s'analitza fins a
quin punt les maneres orientals de practicar
el budisme són exportables al nostre
occident secular.

Malgrat que la referència formal sigui
sant Agustí, Batchelor recorda més un
Luter del budisme. L'objectiu central que
mostra al llarg del seu llibre és el de re-
construir el budisme primitiu i simplifi-
car-lo, eliminant tot element cultural aliè
a allò que, originàriament, Gautama

Buda hauria ensenyat quan era viu. El
budisme *mahayana*, amb els rituals tan
complexos que practica, és l'equivalent
de les butlles i les indulgències del catò-
licisme, i el XIV Dalai Lama fa, en al-
guns moments, de papa de Roma.

Bona part de l'argumentació de
Batchelor es basa en el *Kalama Sutta*, un
text clàssic del budisme en què Gautama
proposa l'exercici de l'autonomia de la
nostra experiència i raó a l'hora de deci-
dir si una doctrina o un ensenyament es
correcte o no. Batchelor recupera diver-
ses anècdotes de la seva vida per argu-
mentar com els budismes amb els quals
ell va estar més connectat —el tibetà i el
zen coreà— havien perdut aquesta di-
mensió bàsica d'exercici de lliure pensa-
ment, i es basaven, com la resta de les
religions, en l'exercici d'una fe dogmàtica
fora de la qual no hi hauria salvació.